

Que todas me son contrarias.
Mas tú tienes un consuelo,
Y en mí ninguno se halla;
Pues yo muriendo no acabo,
Y tú con morir acabas.
Queda agora mi alma triste,
Envidiosa y lastimada,
Pues pretendiendo la muerte,
Por ser remedio no la halla;
Y que se muestre mi suerte
Con tantas véras contraria,
Que me sea siempre forzoso
Tener envidia á desgracias.

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte.— It. Romancero general.)

1535.

(Anónimo.)

Acompañado de penas,
Al pié de un grueso alcornoque,
Que en sus silvestres cortezas
La simple abeja se esconde,
Y de su propia raíz
Una clara fuente corre,
Y de ella mil arroyuelos
Dan frescura á todo el monte,
Está cantando Marcelo,
Pensando en el dulce nombre
De su Alisa, que es tan bella,
Cuanto su pecho de bronce;
Y apénas de su memoria
La imágen de ella se esconde,
Cuando cerca de la fuente
Oyó un ruido, y miróle.
Vido una leona fiera,
Que huyendo se viene adonde
Pueda de un leon librarse
Sin que la ofenda ni enoje.
El leon dando bramidos
Junto á la fuente la coge,
Y queriendo hacer en ella
Lo que el amor le propone,
Ella se arrojó en el suelo,
Con mil bramidos feroces,
Dando á entender que no gusta
Del leon y sus amores.
Quéjase el fiero leon
De aquella que no responde
A su amor, y allí la deja,
Y dentro al monte tornóse.
Libre la leona pues
Del leon y sus amores,
Se va contenta y ufana
Por otro camino al bosque.
Marcelo medio espantado
Dice: — ¡Es bien que me asombre
De que mi Alisa aborrezca
A este triste pastor pobre,
Pues entre animales fieros
Se aborrecen amadores,
Y aquesta leona huye
De que otro leon la goce?
Y así huirá de mí
Mi pastora aunque la adore,
Porque es tan dura de entrañas
Que no hay otra en todo el orbe.—
De su zurrón tosco y negro
Sacó de voces conformes
Un suave rabelillo,
Y cantando el aire rompe:

Endechas del romance.

«Pues te amo de véras,
»Dulce Alisa mía,
»Con tu tiranía
»No imites las fieras;
»Que pues tu Marcelo
»Tiene tal firmeza,

»Quepa en tu dureza
»Darme algún consuelo;
»Que no lo hay mayor
»Para consolarme,
»Que es la paga darme
»De mi mucho amor;
»Porque no te abona
»Tu mucho caudal,
»Para ser igual
»A una leona.»

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte.— It. Romancero general.)

1536.

(Anónimo.)

Tejiendo está una guirnalda,
Entre rosales y mirtos,
La bella pastora Celia
Para su pastor Olimpo.
Unas pajizas retamas
Pone entre morados lirios,
Y si pone algunas rosas
Les presta su color mismo.
Alegre vive y ufana,
No teme desden ni olvido;
Que sabe que su pastor
La adorará por mil siglos.
Compuesta pues la corona,
Dió una voz á su querido,
Y al ponerla en la cabeza,
Aquestas palabras dijo:

Octava que dice la Pastora.

— Recibe esta corona de mi mano,
En fe que de mi amor llevas la palma;
Alegre vivirás y muy ufano,
Teniendo en mar de amor tan dulce calma;
Entienda el mundo, y tenga por muy llano,
Que llevas tú las llaves de mi alma;
Y que á pesar del tiempo y la fortuna,
Será la voluntad de los dos, una.—

Sigue el romance.

El venturoso pastor,
Viendo el bien á que ha subido,
Abrazando á su pastora,
De aquesta suerte la dijo:

Octava que dice el Pastor.

— ¡Vióse jamas emperador romano
Tan alegre triunfar, cual este día
Triunfo yo del amor, y por tu mano
Recibo la corona de alegría?
Mira si viviré, mi bien, ufano,
Pues crecen tus favores á porfía:
Y si á pesar del tiempo y la fortuna,
Será la voluntad de los dos, una.—

(Romancero general.— It. MADRIGAL, Segunda parte del romancero general.)

1537.

(Anónimo.)

Quando la estéril arena
Descubren las claras aguas
Tras el erizado invierno,
Y el rojo sol se levanta;
Al son que el céfiro blando
Hace entre las verdes ramas,
Así Pinardo se queja
Hiriendo las nubes altas:
— «¡Qué ciertas son las trazas
»Cuando ya no hay remedio en las desgracias!»
¡Ay prado y ribera amena,
Verdes sauces, fuente clara,
Causas que fuistes un tiempo
De todo mi bien la causa!
Ya sois mi verdugo fiero,

1538.

(Anónimo.)

En un tronco de un ciprés,
De cuyas hojas y ramas
Salicio un alegre día
Fabricaba una guirnalda,
Después de haberla compuesto
De muchas hojas y ramas,
En la corteza del tronco
Estas palabras estampa:
«Sufre y calla,
»Pues que fuiste la causa.»
Donde su pastora bella,
Tanto de él solemnizada,
Del recio calor huyendo,
Que como á mujer la cansa,
Llegó una tarde á hacer siesta
Temprano, para gozalla,
Y mirando al liso tronco,
Leyó la letra que habla:

«Sufre y calla, etc.»
Conoció desconocida
El bien que el suyo adoraba,
Ser del pastor que en un tiempo
Quiso, y olvidó sin causa;
Y que por ella escribió
Que por olvido olvidaba,
Y porque no le culpase
Quiso escribir en las ramas:

«Sufre y calla, etc.»
Entendió, si entender pudo,
Aunque la razon le falta,
Que de Belisa el trofeo
Era una bella guirnalda
Que su pastor le ofrecía,
Por quien la pastora ufana
Vive contenta y publica
Por donde quiera que pasa:

«Sufre y calla, etc.»
Ya se entristece Salicio,
Ya le pesa, ya se abrasa,
Ya los ojos hechos fuentes
Muestran la afición pasada;
Ya la estampa dulce besa,
Y al ausente pastor habla,
Y á sí propio se condena,
Y con repetir descansa:
«Sufre y calla, etc.»
Determinase á sufrir,
Aunque mal sufre quien ama,
Y mas si bienes ajenos
Presentes males contrastan;
Porque fiaba en el tiempo,
Que es quien lo mas firme acaba:
Para su consuelo escribe
Esta letra en su cabaña:
«Sufre y calla,
»Pues que fuiste la causa.»

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.— It. Flor de varios y nuevos romances.— It. Romancero general.)

1539.

(Anónimo.)

Ya cubre la primavera
Con mil flores la campaña,
Y deja atrás el invierno,
Que abrasa cualquiera planta;
Ya cual de fiero enemigo
Huye, volviendo la cara,
Temeroso del rigor
De la nieve y de la escarcha:
Ya se conoce el rocío
Apacible á las mañanas;
Ya corren las fuentejillas
Con regalada templanza;
Ya el pastor grosero sale

Pues vuestra memoria cara
Entonces mas me suspende,
Cuando me hace mayor falta.
«¡Qué ciertas, etc.»
Yo me acuerdo, aunque en mí daño,
Cuando en mi humilde cabaña,
Estando en vuestra alegría,
La mía solemnizaba.
Entonces no eché de ver
Que en las cosas hay mudanza,
Y el bien una vez perdido
Que nunca ó tarde se gana.

«¡Qué ciertas, etc.»
¡Dichoso una vez y dos
Quien entonces penetrara,
Que á veces quien muda el cuerpo
A peligro pone el alma!
Dejé vuestro fresco sitio;
¡Oh quién nunca le dejara!
Mas quien tarde se arrepiente
Bien es que tarde le valga.
«¡Qué ciertas, etc.»
Oía decir que amor
Era ciego, y acertaba;
Legislador, y sujeto;
Niño, pero ya con canas.
Jamás sus leyes guardé,
Jamás temí sus hazañas;
Pero ya conozco triste
Que pocos su furia escapan.

«¡Qué ciertas, etc.»
Fuime á vivir donde el cielo
Tiene la prenda mas alta
Que á los divinos suspende,
Y á los mortales espanta.
Vila, y comencé á quererla
Con una afición liviana;
Mas quien por liviano empieza,
Al fin por pesado acaba.

«¡Qué ciertas, etc.»
Sílvia, tus cabellos de oro
Y tus mejillas rosadas,
Los ojos negros y hermosos,
Cuello ebúrneo, mano blanca,
Donde limite no hubo
Han podido poner raya;
Que en fin siempre lo presente
Prevalece á lo que pasa.

«¡Qué ciertas, etc.»
Descubrite el corazón,
Que nunca tal intentara,
Con los ojos, lo que pude,
Lo que alcancé, con palabras.
Quien entonces conociera
Tu altivez, ingrata amada,
Bien acertara en callar,
Pues tan á mi costa hablas.

«¡Qué ciertas, etc.»
Ya no lo puedo encubrir;
Pues mirándome á la cara
Me conoce todo el mundo
Por víctima de tus aras.
Mis amigos me lo dicen,
Y riñenlo en mi casa;
Pero antepongo tu amor
Al paterno y cuantos haya.

«¡Qué ciertas, etc.»
Si tu desden fuere eterno,
Porque lo sean mis ansias,
Con eterno y puro amor
Te daré de mí venganza.
Esto dijo y mas no pudo;
Y porque se iban sus cabras,
Del valle se despidió,
Los ojos hechos mar de agua.
«¡Qué ciertas son, etc.»

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte.— It. Romancero general.)

De su enramada cabaña,
Desabrochado el gaban,
Que ya con el tiempo cansa,
Cuando una bella pastora,
Descompuesta de esperanza,
Estaba llorando males
Nacidos de su desgracia.
Con el recio sentimiento
La lengua enmudece y calla;
Mas luego el silencio rompe
Con lastimosas palabras.
— ¡Ay malogrados deseos,
Dice, y viejas confianzas,
Que el fruto distes en flor,
Por ser las flores tempranas!
Trocaste mi vida alegre
En prolija suerte amarga:
Llegaste, mi bien, al puerto
Asegurando bonanza;
Mas no, porque la fortuna
Envidiosa y enojada
Rompió sin mirar mi daño
La vela de mi esperanza.
Quedó mi bien sin gobierno
Por ser mi fortuna avara,
Pagaron mis tiernos años
Las esperanzas del alma.—
No pudo mas la pastora
Decir, que sus vivas ansias
Con el grave sentimiento
La van turbando la habla.
Lo que mas pudo entender
Fuéron aquestas palabras:
— «La causa fuiste, Silvano,
» De esta mi muerte sin causa.»—

(Romancero general.)

1540.

(Anónimo.)

Miraba dos jilguerillos
Sobre un cermeño silvestre,
Cómo se pulen las plumas
Poniendo en orden sus bienes,
La triste y hermosa Tirsis,
Gloria del siglo presente,
Y dice, viendo que el uno
Se lanza sediento al Bétis:
«Pajarito que vas á la fuente,
» Bebe y vénte.»
Lleno de música y gozo,
Parte ligero y alegre
Al otro, que le recibe,
Aleando cuando vuelve.
El pico mete en el agua
Tan apriesa, que parece
Que apenas de agua se harta
Por volver á quien bien quiere
«Pajarito que vas, etc.»
Y tú, pensamiento mio,
En mis suspiros ardientes
Vé sin quemarte las alas
A visitar á mi ausente:
Mata la sed en sus ojos,
Y mira bien lo que bebes,
Que en ellos nació mi vida
Y quizá mi vida muere.
«Pajarito que vas, etc.»
Dile que estos jilguerillos
Celebran y guardan siempre
La fe que amor les enseña
En el canto que no aprenden,
Y que yo envidiosa de ellos,
Fingiéndome alegre mi muerte,
Cual cisne canto, si canta
Quien suspira, y quien no duerme.
«Pajarito que vas, etc.»
En la fuerza de galera

Ciñe su pié grillo fuerte,
Y yo le tengo en el alma
Después que en el pié le tiene.
Dile, amigo, que te basta,
Que romperé las paredes,
Y le sacaré en mis hombros
Como á padre de mis bienes.
«Pajarito que vas á la fuente,
» Bebe y vénte.»

(Romancero general.)

1541.

(Anónimo.)

— Quien dijere que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama,
Mi firmeza lo desmiente,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
El salobre Guadiana.
Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad,
Entre estas sierras ingratas,
A mis voces y á mi llanto,
A mis quejas y á mis ansias;
Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden;
Si alma digo, dicen alma;
Si Tirsi, responden Tirsi,
Y si la llamo, la llaman.
Amanecerá tu sol,
Hará mayo mi esperanza
A mis prados, ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entonces los falsos ecos,
Y con ellos las montañas,
Callarán y serán mudos,
O reventarán si hablan.
Viendo entonces yo mis glorias,
En aquel día que aguardan,
Por entre confusas voces
Daré la vuelta á mi patria.
Rompiendo montes inciertos,
Dificultades contrarias
Iré á tus brazos, señora,
Por mil sendas no pisadas;
Vendraste tú á mi corriendo
De gozo y gritos bañada,
Mirarás firme mis ojos,
Miraré alegre tu cara;
Colgarás de mi cuello,
Penderé de tu garganta;
Harémos los dos alegres
Una vida de dos almas.—
Así cantaba Menalio,
Dándose triste esperanza,
Respirando de sus penas,
Porque quien llora descansa.

(Romancero general.)

1542.

(Anónimo.)

De rodillas en el suelo
Urelío pide la mano
A la hermosísima Filis,
A quien jamás hizo agravio;
Pero la injuria del tiempo
Lo tiene en tan triste estado,

1543.

(Anónimo.)

Sobre moradas violetas,
Que un florido prado esmaltan,
Adonde un sagrado mirto
Apacible sombra causa,
Y parte en mil arroyuelos
Una fuente clara
Las corrientes cristalinas
Que de una alta sierra bajan,
Sentada está una pastora
Descompuesta y descuidada,
Aunque no de los cuidados
Que le atormentan el alma.
Desdenes, ausencia y celos
Su soledad acompañan;
Que cuanto tiene delante
Todo la ofende y la cansa:
El cielo, las flores bellas,
Clara fuente y verdes plantas.
Si alza los ojos, encienden
Su pecho en celosa rabia
Los resplandores azules
Que el cielo y la tierra abrasan.
Las florecillas le enojan,
Que al fin en flores se pasan,
Y queda el color morado
Con que muere el de su cara.
Si mira al árbol de Venus,
Vuelve mas desconsolada,
Porque ve entre el verde oscuro
La fruta negra y amarga,
Amargo lloro y tristeza
Entre dudosa esperanza.
Quiere quejarse, y no puede;
Que en ver el curso del agua,
Es tanta la de sus ojos
Que las razones le ataja.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte.— It. Flor de varios y nuevos romances, etc.— It. Romancero general.)

1544.

(Anónimo.)

Las frias nieves y vientos
Su fuerza y rigor aplacan,
Constreñidos por el tiempo
Que es el que todo lo acaba,
Y alegres los pajarillos
Anuncian el alborada,
Con sus sonoras voces
Y músicas concertadas.
El campo estéril y seco
Por las terribles heladas,
Muy alegre reverdece
Y muchas flores esmaltan;
Del mismo color se viste
Cualquier género de plantas;
Centenos, trigos y avenas
Crecen, florecen y granan;
Los corderos y cabritos
Hacen brincos, corren, bailan,
Y en los charcos y lagunas
Cantan las parleras ranas.
Todas las cosas del suelo
Están muy regocijadas,
Gozando del fértil suelo
Sin memoria de mudanza:
Solo un triste pastorcillo
Con innumerables ansias
Y quejas, que rompe el cielo,
Deja de gozar bonanza,
Combatido del tormento
Y perdidas esperanzas.
Llora el pasado sosiego
Con penas desconcertadas,
Echado junto á un arroyo

Que con hallarse inocente,
Se humilla como culpado,
Sin fiar de la razon
La fuerza de su descargo;
Que sabe que no aprovecha
La razon á un desdichado,
Y que suelen las disputas
Engendrar nuevos engaños,
Y que el amor las mas veces
Rompe por lo mas delgado,
Huyendo de inconvenientes
Y de vencer porfiando.
Dejó palabras ociosas
Y acudió luego á las manos,
Que son de quien se temia,
Y á quien dió el amor su arco
Para castigo y afrenta
De las que no pueden tanto.
La hermosa Filis lo mira,
Y con desden y recato
Niega lo que le concede,
Retirando atras el brazo.
Mas Urelío, que conoce
Las reliquias que han quedado
De aquel amor que otro tiempo
Solicitó su cuidado,
La mano le tomó luego,
Y besándole la mano,
Le dijo: — Filis hermosa,
Venci sufriendo y amando;
Que es la mas noble victoria
Y el vencimiento mas raro
Con que el amor prevalece
De su enemigo y contrario.
Mano hermosa, que en blancura
Veuces al fino alabastro,
Y en partes la sangre herviente
Descubre el color rosado;
Cuyas delicadas venas
Dilatando hermosos ramos,
Muestran el color de cielo
Entre lo rojo y lo blanco;
Larga en cuanto á ser perfecta,
Y larga para mi daño,
Y para el bien hasta agora
Encogida y corta mano,
En quien, si fuera verdad
Lo que finge el vulgo vano,
Se conociera mi suerte
En lo bueno y en lo malo.
Dos manos, Filis, asidas
Son el simbolo mas claro
De la fe pura y sincera
Contra quien no pueden daños.
Pues no se borre, señora,
De nuestras paces el trato,
Siquiera por el testigo
Que nos fué propicio y grato.—
En esto vió que venia
Por la falda de un ribazo
Un lobo encendido en fuego
Amenazando al ganado,
Y corriendo á socorrello
Tomó Filis su cayado,
Incitando á la defensa
Los perros que están ladrando;
Y volviendo el rostro hermoso
Con aviso y sobresalto,
A Urelío manda que siga
Callando luego sus pasos.
Urelío la obedeció,
Teniéndolo por regalo;
Porque no hay gusto mayor
Como obedecer amando.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte.— It. Flor de varios y nuevos romances, etc.— It. Romancero general.)

Bajo una encumbrada haya,
No por huir el calor,
Que en giro mayor se abraza,
Por divertir la memoria
Que es del efecto la causa.
Con el aire que blanda
De la alta haya las ramas,
El murmullo que anda á vueltas
Entre las corrientes raudas,
Desbaciendo el remolino
De las represadas aguas,
Lo que toma por remedio
Hace incurable la lagaja;
Y en vez de causarle alivio,
Mas le aqueja, adige y daña.
Arrebatado, impaciente
De ver que no aprovechaba
Ninguna cosa del suelo
Para aliviarle la lagaja,
Asió de un toseco rabel
Que pendia de una rama,
Y sin curar de templallo
En él sus versos cantaba.

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.— It. Flor de
varios y nuevos romances, etc.— It. Romancero
general.)

1545.

(Anónimo.)

— ¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas
Compasion solias mostrar,
Y agora de las mortales
No tienes ningún pesar.
¿Cómo acudiste á lo ménos
Y me faltaste en lo mas?
Que en los mayores peligros
Se conoce la amistad.
El crisol de las verdades
Suele ser la adversidad.
¿En qué memoria ocupada,
Tan sorda á mi llanto estás?
Acuérdome bien, si penas
Me dejan bien acordar,
Que en un tronco de un aliso,
Que el Tajo bañando está,
Cuando yo era mas dichoso
Y tú mas firme y leal,
Escribió tu mano un día:
«Yo te doy mi libertad,
»Y ántes que de tí la mude,
»Tajo el curso mudará.»
Rio, vuelve atras tus aguas,
Pues la fe se vuelve atras.—
Aquesto Tirsi decia,
Cantando en su soledad
Memorias de su señora,
Y testigos de su mal.

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.— It. Flor de
varios y nuevos romances, etc.— It. Romancero
general.)

1546.

(Anónimo.)

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que de ellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.
Tormentas me son bonanzas,

Y duros naufragios, puertos;
Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.
Digiero ya tus desdenes
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los míos no se halla
Causa por do los merezco;
Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos;
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.
Pasados son dos veranos,
Para mí siempre es invierno;
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco;
Revistense d'esperanza,
Yo d'esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo:
Al fin, es mi voluntad
Veleta para los vientos;
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo,
Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo
Guarnecido de paciencia
Y aferrado en sufrimiento.
Pasadas son treinta lunas
Y no hay mudanza en los tiempos;
Siempre las veo menguantes,
Y crecer mis ansias veo.
Todas las cosas se mudan
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.
Aunque no quiero mudanzas,
Qu'en tu condicion bien creo
Que cuando acaso te mudes
Será de desden á celos;
Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Qu'es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha estragado ya el gusto,
Y ningún gusto pretendo.
Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario, en sueños,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.
¡Mira, cruel, qué me debes,
Pues no sufro aun cuando duermo
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo!
Al fin mis deseos vistos
Es ver lo que tus deseos;
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte.— It. Roman-
cero general.)

1547.

(Anónimo.)

Presta la venda que tienes,
Amor, á la bella niña,
Para que cubra los ojos
Con que da muerte y da vida.
Los mas libres corazones
Prende con sola una vista,
Los mas soberbios sujeta,
Y los mas firmes derriba.
«Y aunque muriendo viva,
»Goza de gloria el alma que cautiva.»
Si no quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos

1549.

(Anónimo.)

Descolorida zagala,
A quien tristezas hicieron
Perder el color de rosa
En el abril de su tiempo:
 Toda la aldea murmura
Tan melancólico extremo,
Y dicen que tanto mal
Es del alma y no del cuerpo.
Si ya vuestra condicion
Y vuestros ojos risueños,
Que mataban de alegría,
Están de tristeza muertos;
Si ya no salis al baile,
Y el repique del pandero
Decis que tañe á difunto,
Y que es campana de entierro;
Si cuando todas las mozas
Van al campo á coger berros,
Y á despojar de su fruta
A los tempranos almendros,
Os estáis en vuestra choza
En un oscuro aposento,
Que aunque el sol está con vos
Está de nubes cubierto,
¿Quién ha de haber que no diga
Que os quejais del lado izquierdo,
Y que tan poco os conozco,
Porque tan poco os merezco,
Que os dejo, y busco mi gusto
En partes que no le tengo;
Y que por ratos hurtados
Seguras noches desprecio,
Y que trato mal vuestra alma,
Y vos peor vuestro cuerpo,
Pues por purgarle de amor
Le daís jarabes de celos?
Despertad, zagala mía,
De ese profundo silencio,
Que la aldea me maldice,
Y me mira mal mi suegro.
Para el día que pongais
La bella planta en el suelo,
Os tengo verdes servillas,
Y mi propia boca os tengo;
Sayuelo de grana blanca
Ha de cubrir vuestro cuerpo,
Que mas de cuatro os le envidien,
Y aun á mí, que le poseo.
Tendréis zarcillos de vidrio,
Y no los quebreis os ruego,
Que son palabras de vidrio
Y las que doy no las quiebro;
Y si no pensais cobrar
Salud, por quien yo la pierdo,
Dadme el mal, señora mía,
O partámosle por medio;
Que si enferma habeis de estar,
Mejor es que esté yo enfermo;
Vos no, que sois alma mía,
Yo sí, que soy vuestro cuerpo.

(Romancero general.)

1550.

(Anónimo.)

El pastor que de Pisuerga
Cansadas tiene las aguas
De contarles siempre penas,
Que penas á penas cansan;
 Bajos los ojos al suelo,
Vuelta la color en brasa,
Escucha á su pensamiento,
Que de esta suerte le habla:
— Perdido, ¿qué encanto es este?
¿En qué tu vida se gasta?
¿Cuál ha sido esta bebida,

Te quite el arco y te rinda,
Déjale la banda, y huye;
De ella te oculta ó te libra,
Que no hay quien hoy se le escape
De cuantos sus ojos miran.
«Y aunque, etc.»

No hay zagal en el aldea
De noble ó de baja estima,
Que la señal de su hierro
No traiga en su rostro escrita.
De lo que las almas sufren
Salen al rostro las pintas,
Y por los ojos descubren
Lo que los suyos lastiman.
«Y aunque, etc.»

No sé qué se tienen ellos
Que parece que enhechizan:
Tienen un gusto de miel
Que para él mas es acibar,
Y mas con las hebras de oro
Qu'en todos los autorizan
Con libertades que atan
Y voluntades que liga.
«Y aunque muriendo viva,
»Goza de gloria el alma que cautiva.»
(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte.— It. Roman-
cero general.)

1548.

(Anónimo.)

— Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta;
Que viene sin venda el ciego
Desde la corte á la aldea.
Ningun serrano se escapa,
Ni serrana la mas diestra,
Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas.
«Y en haciendo la presa.
»El arco y alas bate con presteza.»
No tiene fuerza el acero,
Ni aprovecha resistencia,
Que trae puntas de diamantes,
Y en el arco cuerda nueva;
Y si una vez él te tira.
¡Guárdate, serrana bella,
Que en blanda cera convierte
Pechos de bronce y de piedra!
«Y en haciendo, etc.»
El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla,
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga.
«Y en haciendo, etc.»

— Zagala, páguete el cielo,
Dijo la serrana bella,
El aviso de estas cosas;
Dichoso suceso tengas.

Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil véras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil véras.
«Y en haciendo, etc.»

Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido
Con guerra de falsas presas.
Dentro en mil memorias vivas
Están las cenizas muertas:
Paga al fin como traidor;
Quien le sirve, poco medra.
«Y en haciendo, etc.»

(Romancero general.)

Que te ha enhechizado el alma?
 ¿Qué sueño es este que duermes,
 Que á despertarte no bastan
 Razones que te aconsejan,
 Ni daños que te amenazan?
 ¿Qué pretension es la tuya?
 ¿A qué fin tiendes las alas?
 ¿Qué mas de fortuna quieres,
 Ó qué venturas aguardas?
 ¿Cuándo caerás en la cuenta?
 ¿Cuándo veras que te engañan
 Ciegas imaginaciones
 Que á lo posible te llaman?
 ¿Tan tu amiga es la fortuna?
 ¿Tan favorecido te hallas
 Que piensas sacar victoria
 De dificultades tantas?
 Mira cuánto há que entre mudos
 Todos los momentos andan
 Inclinando la cabeza,
 Como quien el golpe aguarda.
 Mira las veces que has visto
 Llegarte á la boca el agua,
 A la garganta el cuchillo,
 Y ya la muerte tragada;
 Mas llegan falsos socorros,
 Y medio vivo te sacan,
 Que por matarte de nuevo
 La media vida te guardan,
 O por ventura te avisan
 Todas estas amenazas,
 Que pongas tu vida en cobro,
 Pues siempre no han de ser falsas.
 — Importuno pensamiento,
 Responde el pastor, acaba
 De dar tardios consejos,
 Y pues callar me ves, calla.
 Fuiste tú quien me engañaste;
 Metisteme en la celada,
 Y dasme voces ahora
 Que sin la vida me hallas!
 Echada está ya la suerte,
 Con ningún temor m'espantas;
 Máteme amor norabuena,
 Siendo Amarilis la causa.—

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1554.

(Anónimo.)

— Alegre vuelvo á gozarte,
 Dulce fuente clara,
 Donde mi pastora hermosa
 Su rostro un tiempo bañaba:
 Tres años há que te vi
 Correr por aquesta falda
 D'este monte alto y soberbio
 Mas que mi propia esperanza.
 Aquí gocé tus favores,
 Aquí cautivé mi alma,
 Y en este propio lugar
 He de volver á cobrarla:
 Que cual de perro mordido
 Que me ha dañado con saña,
 Quiero sus pelos poner
 Para que sauen mi llaga.
 Aquí el blanco álamo veo,
 Los olmos verdes y zarzas
 Que con enlazados ramos
 Tornan á la fuente clara;
 Aquí las aves escucho,
 Que otras veces aguardaba
 Que á mi pastora hiciesen
 Con dulce canto la salva.
 A todos atento os miro,
 Y en nada hallo mudanza;
 Sin duda retrato sois
 De la que estable me aguarda.

Desde hoy mas siempre os tendré
 Cual iris en mis desgracias,
 Pues tras larga ausencia y triste,
 Me mostrais alegre entrada.
 Truhanes sois de mi gusto,
 Y de mis memorias alma,
 Que con solo vuestra vida
 Volveis á resucitarlas.
 Tomad siquiera mi lengua,
 En esta ocasion, prestada,
 Para darme el parabien,
 Porque solo lengua falta.
 Llamareis mi bien con ella,
 Que por ser bien solo tarda;
 Y el bien si de presto viene,
 Es por dar gloria colmada.
 Y así por aguar el gusto
 Y el fruto que mi alma aguarda,
 Quiere amor darme la flor
 Con aquesta agua regada;
 Que despues de haber temido
 El perder mi prenda cara,
 Cuanto mas cerca me veo,
 Vengo mas á deseirla.
 Sin duda que es el amor
 Nacido de avara casta,
 Pues se aumenta mas su sed
 Con aquella que la causa.—
 Decir quisiera, y no puede
 Mas el pastor, porque el agua
 Que de sus ojos vertia
 Enturbia la fuente clara;
 Y viendo acercar la noche,
 Recogió sus pobres cabras,
 Y entre esperanza y temor
 Se recogió á su cabaña.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1552.

(Anónimo.)

Orillas de un claro rio,
 Cuyas márgenes sagradas
 Entre una fresca arboleda
 Diversas flores esmaltan,
 Gozando de su frescura
 Estaba cierta mañana,
 Cuando turbó mi sosiego
 Una novedad extraña.
 Noté en las plantas y flores
 Maravillosas mudanzas:
 Cobraban color las flores
 Y nuevo fruto las plantas;
 El sol eclipsó la luz,
 Detuvo el rio su plata,
 Y el céfiro embelesado
 Se suspendió entre las ramas;
 Y deseando saber
 De tal novedad la causa,
 Tendi por el prado ameno
 La vista medio turbada;
 Y aunque la perdi del todo,
 Al resplandor de sus llamas
 Vi una pastora divina,
 De tales milagros causa.
 Eran sus madejas rubias
 Del oro fino de Arabia,
 Su frente blanca y hermosa
 Como nieve no pisada,
 Sus cejas graciosos arcos
 Por donde el amor dispara;
 Sus ojos tales, que el sol
 Toma de ellos su luz clara.
 De divina proporcion
 Era su nariz mediana,
 Donde nos descubre amor
 De su alcázar dos ventanas.
 Rubis, ó finos corales,

Eran sus labios de grana,
 Que descubren ricas perlas
 Entre la color rosada;
 Sus mejillas ricas eran
 Cristal y leche cuajada;
 Su cuello, firme columna
 Que este cielo sustentaba;
 Sus manos blancas y hermosas,
 Largas, lisas y torneadas,
 Son de marfil soberano,
 Si algun marfil las ignora.
 Yo pues que la vi salir
 De una dichosa cabaña,
 Quisiera besar el suelo
 Donde ella puso las plantas;
 Y preguntando quien era,
 Me dijo con mucha gracia:
 — Soy una pastora triste,
 En amores desdichada;
 Siempre el tiempo es mi contrario,
 Y deshace mi esperanza,
 Triste imágen de fortuna,
 Firme en esto, aunque voltaria.
 Un amante me persigue,
 Haciendo fuerza á mi alma,
 Y esta excusada porfia
 Es lazo de mi garganta.
 El piensa que es otro Apolo,
 Y á mi su bafne me llama,
 Y no me vuelvo en laurel,
 Porque estoy deshecha en agua.
 A tal tormento me fuerza
 Alguna estrella contraria
 Que tuve en mi nacimiento
 Por guia de mis desgracias.—
 Espantado de oír tal,
 Al viento pedi sus alas,
 Porque sentí que sus rayos
 Alma y cuerpo me abrasaban.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general, etc.)

1553.

(Anónimo.)

Balad, ovejuelas mias,
 Tristeza del valle alegre,
 Siempre con razon quejosas,
 Sin razon perdidas siempre;
 Buscad pastor sin agravios
 Que os conozca y os gobierne;
 Que ya no puedo miraros
 Despues que me miro ausente.
 Cuando el alma del pastor
 Está sin gusto, no tiene
 Bien que esperar el ganado,
 Qu'en males trocó sus bienes.
 Mortales son las desdichas
 Cuando el qu'estorbarlas puede,
 Por hado que le persigue,
 Le pesa que se remedien.
 Un pastor que fué del Tajo,
 Y en la orilla d'Ebro tiene
 Cabaña humilde, así daba
 Del mal largo cuenta breve;
 Y al despedirse del rio,
 Templando á son diferente
 Su rabel desconcertado,
 Cantó cual cisne que muere.

Villancico.

«Perdida he la fe,
 »Perdida la he.»
 Ausencia, madastra fiera
 De la fe mas verdadera,
 Si es mudanza de tercera
 Y se encogió con mi fe,
 «Perdida la he.»
 Porque muera en su venganza

No dice aquí la mudanza,
 Que la fe de mi esperanza
 Aunque mas segura fué,
 «Perdida la he.»
 Cuando tras la fe perdida
 Olvidada y perseguida,
 D'esta mi rebelde vida
 Vengado, decir podré:
 «Perdida he la fe,
 »Perdida la he.»

(MADRIGAL, Segunda parte del romancero general)

1554.

(Anónimo.)

Una bella pastorcilla,
 De doce años no cabales,
 Tierna edad, hermosos ojos,
 Vivo retrato de un ángel,
 Herida de un tierno amor,
 Dejando á su anciano padre,
 Desgreñada, va corriendo
 Por las riberas del Gange.
 El cabello de oro fino
 Hebra á hebra esparce al aire,
 Que al sol eclipsa sus rayos,
 Y uno solo alumbraba el valle:
 Una piel lleva vestida
 De un oso, teñida en sangre,
 Sobre una corta sayuela
 De un grueso sayal de herbaje;
 Descalza va por la arena,
 Y estampando el pié, deshace
 Lo que es tierra, y queda cielo,
 Si el cielo en la tierra cabe.
 Sus ojos bellos, serenos,
 Hechos los lleva dos mares,
 Vertiendo divinas perlas
 Entre arroyos de cristales;
 A voces dice: — ¡Cruel,
 Por el cielo, que me aguardes!
 Oyeme: ¿por qué me ofendes,
 Pues no me ofende el buscarte?
 ¿Cómo puedes, di, enemigo,
 Romper el pleito homenaje?
 Mas á quien falta la fe,
 No es mucho á palabras fallen!
 Mis suspiros van tras ti,
 ¡Ay, que temo no te abrasen!
 Mas no, que de hielo eres,
 Y helado en mi pecho ardes.
 Fiera me muestras á ser;
 Pero ya me enseñas tarde,
 Pues que cuando pude fui
 Blanda cera, y tú diamante.—
 Corrida de aquesta suerte
 Vió, del rio á la otra parte,
 Su ingrato pastor que huye,
 Y tras él se arroja al Gange.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general, etc.)

1555.

(Anónimo.)

Los diamantes de la noche
 La blanca aurora cubria,
 Con tornasoles dorados,
 Y con doradas cortinas:
 Ya las sombras tenebrosas
 Tiernas luces esparcian,
 Enriqueciendo los campos
 Con aljófar y con risa;
 Ya los caballos de fuego
 Luceros de nieve pisan,
 Y el niño sol, entre sueños,
 Hacia el oriente los guía;
 Ya las rosas y jazmines,

A saludarse salian :
Ellos vestidos de plata,
Y ellas de nácar vestidas ;
Ya sus amorosas quejas
Cantaban las avecillas,
Porque se duerma la noche,
Y porque despierte el día ;
Ya los árboles sus frentes
A la santa luz humillan,
Y en los espejos del río
Se componen y remiran ;
Ya el Betis al sol sagrado,
Porque sus márgenes pinta,
Perlas y piedras preciosas
En fuentes de plata envía :
Cuando al prado sale Flora,
Dando luz y nueva vista
A las plantas y á las aves,
Al sol y á sus maravillas.
Viola el pastor que la adora,
Dando vida á cuanto pisa,
Y porque el sol la envidiase
Esto le cantó en su lira :

Cantarillo.

«Flora, mucho deben

Al sol las flores ;
Pero mas á tus ojos
Que son dos soles.»
Da el sol á los campos
Entre flores varias,
Mosquetas de nieve
Y rosas de grana ;
Y entre rayos de oro
Que los montes bañan,
Esparcen sus luces
Jazmines de plata.
Plata, grana y nieve
Le deben los montes,
Pero mas á tus ojos
Que son dos soles »

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1556.

(Anónimo.)

Mal segura zagaleja,
La de los pardos ojuelos,
Grave honor de los azules,
Dulce afrenta de los negros :
Si de poco amor acusas
Al que estima sus deseos,
Quien envidia por dichoso
Le juzgarás por grosero.
No de su amor desconfies,
Que será, con falso acuerdo,
Confesar que no te adora,
Negarle el entendimiento.
Si le favorece tanto
Tu divino rostro bello,
¿Cómo ha de errar quien en todo
Tiene de su parte al cielo?
Medrosa estás de tu cara,
Que no hay en el siglo nuestro
Para tu beldad, ventura,
Para tus virtudes, premio.
Zagala, pues que á tu amante
Causas desmerecimiento,
Si está loco con favores,
Hazle con desdenes cuerdo.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1557.

(Anónimo.)

¡Ay verdades, que en amor
Siempre fuistes desdichadas!
Buen ejemplo son las mías,

Pues con mentiras se pagan!
Cuando traté con engaños
Tu verdad, Filis ingrata,
¡Qué de quejas vi en tus ojos!
Qué de perlas vi en tu cara!
¡Oh qué de veces te dije,
Cuando á mi puerta llamabas,
En vano llama á la puerta
Quien al corazón no llama!
Mis pastores te decían :
—No está Fabio en la cabaña.—
Y estaba diciendo yo :

—¿Para qué busca quien cansa?—

A tus quejas solamente
Daban respuesta las aguas ;
Porque murmuraban, Filis,
Que no porque te escuchaban.
Acuérdome que una noche
Me dijiste con mil ansias :

—Déjate, Fabio, querer,
Pues que no te cuesta nada.

—No quiero yo que me quieras,
Que como amor es el alma,
Nunca vi mujer discreta

Que bien quisiese forzada.—

En el umbral de tu puerta
Reñamos hasta el alba,
Tú, porque había de entrar,
Yo, por no entrar en tu casa.

—Castiguen, Fabio, los cielos,
Dijiste desesperada,
El fuego con que me hielas,
Y el hielo con que me abrasas.—

Porfiaste, hermosa Filis,
Todo el porfiar lo acaba ;
Que quien piensa que no quiere,
El ser querido le engaña.

En el trato ni en el tiempo
Nadie tenga confianza,
Que se pasan sin sentir,
Y se sienten cuando pasan.

Tanto te vine á querer,
Que juntos nos envidiaban,
La luna, al bajar la noche,
El sol, al salir el alba.

Los prados, montes y selvas,
De vernos se enamoraban ;
Verdes lazos aprehendían
Las yedras enamoradas.

Mas bajando en este tiempo
De las heladas montañas,
Silvio, tu antiguo pastor,
Trajo de allá tu mudanza.

No perdiste la ocasión,
Pues cuando yo te adoraba,
De mis pasados desdenes
Quisiste tomar venganza.

Filis, ya muero por tí :
Confieso que se me pasan
En tus umbrales las noches,
Los días á tus ventanas.

No llamo, porque imagino
Que has de responder airada :
«¿Para qué llama á la puerta
Quien al corazón no llama?»

Si finjo que no te quiero,
Es invención de quien ama ;
Que cuando tú no me miras
Hago espejo de tu cara.

Prendas que tú dabas, Filis,
Y de que yo me enfadaba,
Agora las visto y pongo
Sobre los ojos y el alma.

No te encarezco mis penas,
Por no dar gloria á la causa ;
Basta que yo la padezca,
Sin que tú tomes venganza.

No quieras mas de que son
Las locuras de amor tantas,

Que vengo á poner la boca
Adonde los piés estampas :
Mas con todo lo que digo
No pienso hablarte palabra ;
Que en celos que se averiguan,
Las amistades se acaban.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1558.

(Anónimo.)

Vengada la hermosa Filis
De los desdenes de Fabio,
A verle baja á la aldea,
Enferma de un desengaño.
A ruego de los pastores
Baja de su monte al prado ;
Que como se ve querida
Da á entender que la forzaron.

Eso mismo que desea
Quiere que la estén rogando ;
Que sube al gusto los precios
Amor, conforme los años.

Huyóse Fabio celoso,
Pensó Fabio hallar sagrado ;
Pero hay estados de amor,
Que está en el remedio el daño.

¡Desdichado del que llega
A tiempo tan desdichado,
Que le matan los remedios
Con que muchos quedan sanos!

Al fin, á Fabio rendido
Viene á ver su dueño ingrato,
Alegre, porque es amor
En las venganzas villano.

No va sin galas á verle,
Aunque pudiera excusarlo ;
Mas la mayor hermosura
No deja en casa el cuidado.

Lleva de palmilla verde
Saya y sayuelo bizarro,
Con pasamanos de plata,
Si en ellos pone las manos.

No lleva cosa en su cuello
Que Fabio la hubiese dado,
Porque no entienda que viven
Memorias de su cuidado.

Joyas lleva que él no ha visto,
No porque le ha hecho agravio,
Mas porque sepan ausentes,
Que no está seguro el campo.

Con una cinta de cifras
Lleva el cabello apretado ;
Que quien gusta de dar celos
Se vale de mil engaños.

En argentadas chinelas
Listones lleva, admirados
De que quepan tales brios
En tan pequeños espacios.

Llegó Filis á la aldea,
Entró en la casa de Fabio ;
Los pastores la reciben
Como al sol los montes altos.

Dando perlas con la risa
Extiende á todos los brazos,
Que gana mares de amor,
Y da perlas de barato.

Apénas Fabio la mira,
Cuando á un tiempo se bañaron,
El alma, en pura alegría,
Los ojos, en tierno llanto.

No hablaron los dos tan presto,
Aunque los ojos hablaron :
Filis, porque quiere mucho,
Fabio, porque quiere tanto.

Cuando en esta suspensión
Los dos se encuentran mirando,
A un tiempo bajan los ojos,

Como que miran de falso.
A Fabio culpa la gente ;
Que es error hacer amando
Con la lengua valentías,
Si el alma no tiene manos.
El responde, y se disculpa ;
Mas viendo cerca los brazos,
Pide el perdon ofendido,
Quien ama desengañado.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1559.

(Anónimo.)

Los pastores de Segura,
Todos juntos, cuantos son,
Coronados de cipreses
Caminan de dos en dos :

Entre un corro de zagalas,
Mas hermosas que no el sol,
En unas funestas andas
Llevan un muerto pastor.

Dicen que de mal de celos
El desdichado murió,
Enfermedad que se engendra
Solo en la imaginación.

A Isbella le dan la culpa,
Y á su fiera condición ;
Pues pudiendo darle vida,
No quiso, y se la quitó.

La mortaja que le cubre
Es de amarillo color ;
Que de esta color se viste
Toda desesperación.

No lleva rico pellico
Con uno y otro giron ;
Que desnudo va á la tierra,
Como desnudo nació.

Tampoco cayado lleva,
Que es descanso, y le faltó ;
Mas si el morir es descanso,
Lleva descanso mayor.

De esta suerte le llevaron
A otra remota región,
Donde de humanos acentos
Jamás pudo oírse voz.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1560.

(Anónimo.)

Esta zagaleja, madre,
De los azules ojuelos,
¡Ay Dios, que me abraza el alma
Siendo nieve, y ellos fuego!

Cuando atrevido la adoro
Mal pagado y bien contento,
Es mar á mis voluntades,
Es peñasco á mis deseos ;

Mas ya que dos montes miro,
Porque estén mis males ciertos,
A ser escuchado parto
Humilde, que no soberbio ;

Mas vuelvo, viéndola piedra,
A mi confuso silencio.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1561.

(Anónimo.)

Zagales de la ribera,
Una niña se perdió,
Primera gala de mayo,
Aurora afrenta del sol.

Amor la viene buscando,
A escucharla alegre voy :